

LA CARTA PERDIDA

MIMI MATTHEWS

Libros de
seda

Para mi madre, como prometí



CAPÍTULO 1

Londres, Inglaterra

Primavera 1860

Sylvia Stafford se alisó la falda del vestido gris oscuro mientras bajaba las escaleras tras la señora Dinwiddy. Su empleadora le permitía recibir visitas, sin embargo, en los dos años que llevaba como institutriz de los niños Dinwiddy ningún amigo o familiar había tratado de ir a verla. Tampoco es que en aquel momento hubiera muchos en su vida. La única familia que le quedaba tras el suicidio de su padre eran unos cuantos tíos que no querían tener nada que ver con ella. Y sus

amigos de la alta sociedad, de cuando era la señorita Stafford de Newel Park en Kent, habían desaparecido hacía una eternidad.

—No conozco a ninguna lady Harker —dijo—. Al menos que recuerde. Es bastante probable que coincidiéramos en el pasado, hace mucho.

—Ha sido muy insistente —respondió la señora Dinwiddy.

—¿Ha hablado con ella, señora?

—Por supuesto. Hemos mantenido una charla muy agradable. —Dejó escapar una risita alegre—. ¡Yo! Conversando con una vizcondesa. ¡Nada menos! Pero tras toda esa elegancia solo hay una joven amable. Me ha hecho sentir a gusto.

El humilde salón de los Dinwiddy, igual que el resto de la casa de Cheapside, estaba decorado con elegancia y practicidad. Sylvia entró y se encontró con una mujer menuda sentada en el borde de un sillón orejero sin reposabrazos, con una moderna falda de volantes desparramada sobre un miriñaque de un tamaño impresionante. Era muy joven; al menos más joven que ella misma, que tenía veinticinco años. Y, por su expresión, parecía un poco preocupada, lo que contrastaba de forma bastante cómica con el sombrero de encaje con lazo que

llevaba, ligeramente torcido, sobre una infinidad de rizos rubios.

Se levantó de un brinco y, de inmediato, clavó los enormes ojos marrones en Sylvia. Después sonrió.

—¿Es usted la señorita Stafford? —Se acercó a ella—. ¡Reconozco su pelo! Es precioso. ¡Y usted también lo es! Gracias por la rapidez, señora Dinwiddy. ¿Sería posible hablar con ella a solas?

La señora Dinwiddy era muy considerada y accedió a la petición, e incluso ofreció que les llevaran el té.

—Tengo la sensación de que debería recordarla —dijo Sylvia en cuanto su superior abandonó la habitación—. Pero me temo que no es así.

La sonrisa de lady Harker se desvaneció.

—Es lógico que no lo haga. No nos conocemos. Pero estoy tan feliz de haberla encontrado. Ni se lo imagina...

Sylvia se asustó al ver que se le humedecían los ojos.

—Querida —dijo con suavidad—. Por favor, siéntese. Y acepte mi pañuelo. Tome. ¿Ve los puntitos azules y marrones que hay en el hilo? Es uno de los primeros intentos de bordar de la señorita

Dinwiddy. Se supone que son flores. Me lo regaló las navidades pasadas envuelto alrededor de una barra de jabón con aroma a violeta, mi favorito.

Hubo un tiempo en el que admiraban a Sylvia por su voz de terciopelo. Era delicada y suave. Seductora, le había dicho uno de sus apasionados pretendientes. De hecho, en las fiestas a las que solía asistir en Londres casi siempre le pedían que cantara en algún momento de la velada. Sin embargo, ahora su voz se había convertido en un atributo meramente práctico que utilizaba durante el día para tranquilizar a los niños a su cargo y por la noche para leerles o cantarles hasta que se dormían. También tenía un valor incalculable para calmar al siempre inquieto cocinero, a la preocupada ama de llaves y a cualquiera con los nervios fuera de control.

Funcionaba igual de bien con los aristócratas impacientes.

Distraída, lady Harker se sentó en un sillón, examinando los deformes puntos de hilo bordados en el pañuelo.

—¿La señorita Dinwiddy es la niña a la que cuida?

Sylvia se sentó en otro sillón frente a ella y se acomodó sobre las rodillas su sencilla falda de lana gris.

—Así es. La señorita Clara Dinwiddy es la hija mayor de la familia. Tiene ocho años. También me encargo de su hermana pequeña, Cora, que tiene seis.

—Nunca la hubiese imaginado trabajando como institutriz —dijo mientras se secaba las lágrimas.

No se ofendió por esas palabras. A decir verdad, a ella también le sorprendía haber acabado así. Había esperado casarse. Una vez hubo un hombre especial; un caballero que había estado más cerca de conseguir su mano que ningún otro pretendiente. Pero el suicidio de su padre lo había cambiado todo. La familia con la que se hospedaba en Londres durante la temporada se había apresurado a enviarla de vuelta al campo. Y tras aquello, nunca más volvió a oír hablar de ninguno de sus pretendientes.

Nada de eso importaba ahora. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de llorar por ese motivo, y la parte de ella que anhelaba fantasías románticas imposibles se había marchitado y había muerto. Pero no era infeliz. Ni mucho menos. Se reía a menudo y con facilidad. Ya no pensaba en su antigua vida. Bueno, casi nunca.

—Los Dinwiddy se han portado muy bien conmigo —agregó con sinceridad—. Me considero afortunada por trabajar para ellos.

Lady Harker se sonrojó.

—¡No pretendía ofenderla! Es solo que esperaba que estuviera casada y con hijos. Lady Medcalf me dijo que solía tener muchos admiradores... —Se sonrojó todavía más—. Aunque debo decirle que me alegra haberla encontrado sin ataduras. Me alegra muchísimo.

Sylvia sonrió.

—Quizá debería decirme por qué ha venido.

—Sí, sí. Por supuesto. —Se puso seria de repente—. Bueno, veré... Mi hermano mayor es un hombre complicado.

Sylvia asintió comprensiva, impasible ante las incongruencias de la mujer.

—Siempre lo ha sido. Tan rudo y serio. Nunca estuvimos muy unidos; es mucho mayor que yo. Mientras estaba en la India, mi padre y nuestro otro hermano enfermaron de fiebre y murieron. Él es la única familia que me queda. De hecho, es el cabeza de familia; ahora posee el título. Pero no por ello tengo que soportar sus cambios de humor. Mi marido no me permite quedarme con él más de dos semanas seguidas, teme que pueda ser violento. Aunque nunca lo ha sido conmigo. Bueno... —Retorció el pañuelo entre

las manos—. Puede que alguna vez haya lanzado algún libro; y en otra ocasión arrojó una figura de porcelana, pero no iban dirigidos a mí. Solo quería asustarme.

Sylvia la escuchaba con calmada atención. Debido a su trabajo estaba acostumbrada a oír largas historias sin sentido, y se enorgullecía de su paciencia.

—Nunca le haría daño a una mujer —continuó—. Es solo que tiene un humor cambiante. Se altera, ya sabe. Una noche, el mes pasado, me pareció oír que me llamaba. Fui hasta su habitación, solo quería echar un vistazo. Estaba sentado en el sillón con la cabeza entre las manos y lloraba. ¡No supe cómo reaccionar! Traté de calmarlo, y me dijo que si no me iba me estrangularía. —Se ruborizó—. Aquella fue la primera vez que lo vi; lo apretaba en una mano. Lo aferraba mientras sollozaba.

La mujer respiró hondo.

—Bueno, creí haberlo imaginado. Al día siguiente, rebusqué por toda la habitación y no logré encontrarlo. Estaba a punto de rendirme cuando se me ocurrió que podía preguntarle a su ayuda de cámara. —Sonrió con evidente orgullo por su gran idea—. Su ayuda de cámara, Milsom, fue su sirviente

durante el levantamiento. Es leal a Sebastián de una forma que roza lo ridículo. Así que no quiso contarme nada. Pero me puse hecha una fiera. Al fin me dijo que era un mechón de pelo; mi hermano lo había llevado con él hasta la India. Como amuleto.

La apariencia amable y comprensiva que Sylvia había mostrado durante todo el relato se tambaleó visiblemente.

—Perdone, ¿ha dicho un mechón de pelo?

—Exacto. Un mechón grueso de cabello castaño oscuro. Milsom me confesó que pertenecía a una tal Sylvia Stafford y que...

Sylvia sintió que todo el color abandonaba su rostro. Un recuerdo enterrado hacía mucho amenazó con derrumbarla.

—Me está diciendo que su hermano... Que su hermano es...

—El conde de Radcliffe. Aunque usted lo conocerá como coronel Sebastián Conrad. ¡Por Dios, querida! ¡Señorita Stafford!— Se levantó de un salto y corrió hasta ella—. ¿Está mareada? ¿Quiere que le traiga las sales aromáticas? ¡Diga algo!

Sylvia se quedó mirando la silueta charlatana que tenía delante.

—No me he mareado —dijo—. Estoy perfectamente, solo me he sorprendido un poco.

Lady Harker le agarró la mano.

—Mi querida Sylvia... ¿Puedo llamarla Sylvia? Y llámeme Julia, ya la considero una hermana. Mi intención es que llegue a serlo. Por eso he venido: para que regrese a Hertfordshire conmigo a casarse con mi hermano y lo ayude en su recuperación. Pero no nos adelantemos. Primero tenemos que conocernos mejor y luego... ¡Ah! Ha llegado el té.

Soltó la mano de Sylvia para ayudar a la sirvienta. Cuando terminó, le dio permiso para que se fuera, se sentó y empezó a servir.

—¿Azúcar? ¿Mucho azúcar? —Echó varios terrones en la taza de Sylvia y removió con energía—. Aquí tiene. Beba unos pocos sorbos y no tardará en encontrarse mejor.

Sylvia alcanzó la taza con manos visiblemente temblorosas. Se obligó a beber un sorbo. El líquido dulce y caliente calmó la desazón de su interior; sin embargo, no creía que existiese una bebida en el mundo que pudiera apaciguar su agitado corazón.

—Su hermano... —Empezó a decir, sorprendida de que su voz sonara tan estable—. ¿Ha dicho que resultó herido en la India?

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Herido de gravedad, por desgracia. —Tomó una galleta de chocolate—. Le atravesaron una mejilla con un sable; tiene el rostro desfigurado y ha perdido la visión de un ojo. Gracias a Dios que aún lo conserva, pero su aspecto es vidrioso. Le cuento todo esto para que vaya preparada. La primera vez que lo vi me comporté bastante mal. Asusta un poco, ya lo verá.

Sylvia colocó la taza de té en el platito con lentitud y los dejó en la bandeja. Le temblaba todo el cuerpo y le costaba ocultarlo.

—¿Está sufriendo mucho? —preguntó con voz débil.

—Así es. Aunque creo que le vendría bien recibir visitas. —Dejó escapar un nuevo suspiro—. Sin embargo, no quiere que nadie lo vea. Creo que le avergüenza haber perdido su atractivo. Tampoco es que hubiese sido muy guapo en el pasado. Pero diría que para usted sí que lo era, ¿verdad? ¿Por qué otro motivo le dio si no un mechón de pelo tan largo?

Sylvia pensó en aquella noche en el jardín de lord y lady Mainwearing tanto tiempo atrás. El aire impregnado del aroma de las rosas. Las estrellas

brillando como diamantes. Allí le había permitido besarla. Y ella le había devuelto aquel beso, sosteniendo su recia mandíbula entre las manos.

—Me pregunto a cuántas más habrá besado en jardines bajo la luz de la luna —le susurró.

—Solo a usted, señorita Stafford —le respondió Sebastián Conrad con total sinceridad—. Solo a usted.

Observó a aquella mujer. No veía ningún parecido entre ella y el coronel Conrad. Sebastián era alto, moreno y de hombros anchos. De aspecto duro, como esculpido en granito. A la mayoría le parecía intimidante; en especial a las damas jóvenes e inocentes. Las amigas de Sylvia habían soltado grititos ahogados tras sus abanicos la primera vez que se acercó a ella para pedirle un baile.

—Las ha asustado —le dijo.

Aquellas fueron las primeras palabras que le dirigió a Sebastián Conrad, excepto por una breve presentación en una fiesta la noche anterior.

—¿De verdad?

—Están a punto de desmayarse. —Y entonces la recorrió con la mirada con una expresión difícil de leer.

—Pero usted no, ¿me equivoco? —le insistió.

—Oh, yo nunca me desmayo. Y no me asusto con facilidad. Es necesario mucho más que un ceño fruncido —Le sonrió y añadió—: Tendrá que esforzarse más.

Odiaba pensar en aquello.

—Es cierto, le di un mechón de pelo —confirmó—. No estuvo nada bien; no estábamos comprometidos. Y no había ningún tipo de acuerdo entre nosotros. En aquel entonces yo era muy joven, no tenía carabina, y he de confesar que ser tan romántica se volvía en mi contra.

—¡No diga eso! El mechón lo ha reconfortado mucho. Y estoy segura de que quería pedirle matrimonio. Debe saber que a mi hermano nunca se le han dado demasiado bien las palabras. Y nunca lo vi hablando con ninguna joven, a no ser que contemos el gruñido hosco que siempre solía hacer. Me quedé atónita cuando descubrí que guardaba un mechón de pelo de su novia. Si llego a saberlo...

—Lady Harker... —objetó Sylvia.

—Escribí a todos mis amigos para descubrir quién era y dónde estaba. Le dije a mi marido que, si no la había encontrado por Navidad, contrataría un investigador privado para buscarla. Fue un golpe de suerte que mi querida amiga Lucinda Cavendish

se hospedara con lord y lady Ponsonby en Londres, y se enterara a través de la sirvienta de lady Ponsonby, la señorita Button, de que...

—¿Button? ¿Mi antigua sirvienta? —Sylvia estaba anonadada. Hacía siglos que no pensaba en ella, pero la mención de su nombre fue suficiente para que todo regresara a su mente.

Su padre contrató a la señorita Button tras su decimoquinto cumpleaños. Había sido una de las pocas constantes de su juventud. La recordaba a la perfección: de pie tras ella, sentada frente al tocador dorado, mientras le arreglaba el cabello. O esperándola hasta tarde para ayudarla a desvestirse y escucharla con entusiasmo mientras le contaba todo lo que había pasado en el baile o concierto al que hubiera asistido aquella noche. Había sido la persona que la había consolado en las pocas ocasiones en las que algo, o alguien, la había hecho llorar.

Y, aun así, a pesar de todo, ella y Button jamás fueron nada más que señora y sirvienta. Lo comprobó cuando regresó a casa destrozada tras el suicidio de su padre.

—¿Qué hacemos? —había sollozado durante la primera y aplastante oleada de tristeza—. ¿Qué será de nosotras?

Pero no existía un «nosotras». La tinta del certificado de defunción de sir Roderick apenas se había secado cuando Button la informó de que ya tenía un nuevo puesto y de que se marchaba.

Se había quedado sola por completo.

—Así es. —Asintió lady Harker—. La señorita Button le contó que era usted institutriz en una familia llamada Dinwiddy. No tardé mucho en localizarla en Cheapside.

—Ya veo. —Sylvia se miró las manos cruzadas sobre el regazo. Las tenía pálidas y rígidas.

—¿Su hermano sabe que ha venido? —preguntó, volviendo a alzar la mirada hacia ella.

—¡Por Dios, no! Quiero sorprenderlo. Y cuando esté instalada en la casa, ya no podrá rechazarla...

—¿Disculpe?

—Bueno, si fuera tan amable de venir conmigo hasta Hertfordshire y quedarse allí dos semanas... Yo me instalaré en Pershing Hall. Ahora mismo mi hermano está solo; lo visito cada vez que puedo, aunque es muy extraño que lleve invitados.

A Sylvia el corazón le latía con intensidad. Sentía un dolor físico en el pecho; llevaba años sin experimentar nada similar.

—Lady Harker...

—Llámemme Julia, ¡por favor!

—Julia. Como comprenderá no puedo aceptar la invitación.

—¿Por qué no? La señora Dinwiddy me ha dicho que nunca se ha tomado unas vacaciones y hemos acordado que puede quedarse hasta un mes. Y no va a estar a solas con él... Yo estaré en la casa y, cada dos semanas, mi marido vendrá también. Será algo del todo respetable, se lo aseguro.

Sylvia se imaginaba cómo la recibiría Sebastián tras todos esos años. ¿Presentarse en su casa sin ser invitada, pobre como una rata y con la mancha del escándalo del suicidio de su padre? ¿Como si fuera un mendigo pidiéndole un favor?

—No puedo hacerlo —repitió—. Simplemente no puedo. Sería demasiado doloroso para mí. Le ruego que no vuelva a pedírmelo.

Lady Harker arrugó el rostro.

—¡No puede negarse! Es usted su única esperanza.

—No. —Se puso de pie; le temblaban las piernas—. Está equivocada. A su hermano no le importo nada.

La mujer se levantó de un salto.

—Pero el mechón...

—Un amuleto, nada más. Tengo entendido que muchos soldados los llevan.

—No, no. Me niego a creerlo. He llegado tan lejos... Se lo suplico. Si el mechón le proporciona consuelo, imagínese lo que haría en persona. —Agarró la mano de Sylvia—. No tiene que casarse con él, jamás debí haberlo sugerido. No es más que una fantasía egoísta. Pero venga conmigo. Por favor. Solo para verlo. Si le grita o le amenaza, tendrá el carruaje a su disposición para volver a Londres. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Acompáñeme —imploró—. Tengo miedo de que haga alguna estupidez si las cosas no cambian pronto.

Las palabras atravesaron a Sylvia como una corriente eléctrica.

—¿Alguna estupidez? ¿A qué se refiere?

—Oh, le aseguro que sabe lo que quiero decir.

Sylvia negó con la cabeza, incrédula. El suicidio de su padre era una herida que jamás se curaría del todo. La mera idea de que Sebastián considerase un destino similar era demasiado horrible como para contemplarla. Hubo una época en la que se preocupaba profundamente por él; solo el paso del tiempo había adormecido el dolor y el sufrimiento que sintió cuando se fue y la olvidó.

—¿Ha amenazado con herirse a sí mismo? —preguntó.

—No —admitió lady Harker despacio—. Aunque guarda el revólver en la habitación; lo he visto cerca de la cama. Ha estado ahí el año entero, es muy preocupante. Y mi marido dice que no debería alterarme en este momento. Me encuentro en un estado delicado, ya me entiende. Si le sucediera cualquier cosa...

Las últimas defensas de Sylvia se desmoronaron. Por muy cruel que hubiera sido Sebastián con ella en el pasado, no se merecía sufrir de una manera tan espantosa. Nadie merecía algo así. Si con su presencia podía aliviar al menos una parte de su dolor, tenía que ir a su encuentro. Seguir negándose era no tener corazón. Todavía peor, era de cobarde.

—Muy bien —sentenció.

Lady Harker esbozó una sonrisa dubitativa.

—¿Significa eso que vendrá?

—Exacto. Iré con usted. Si... si de verdad piensa que eso puede ayudarlo.

Rodeó a Sylvia en un abrazo impulsivo.

—Oh, muchas gracias. Gracias. No se arrepentirá, se lo prometo.

Sylvia escuchaba las lacrimógenas frases de la mujer como si estuviera fuera de su propio cuerpo. Se oyó a sí misma acceder a irse con ella ese mismo día, y estuvo de acuerdo en hacer el equipaje para partir lo antes posible. Lady Harker llamó a la señora Dinwiddy y las dos conversaron brevemente.

—Unos días de vacaciones con viejos amigos —le dijo la señora Dinwiddy, sonriendo—. Tómese todo el mes, insisto.

Antes de que se diese cuenta, estaba en su pequeña habitación de la planta superior, guardando sus pertenencias en una maleta desgastada.

Solo en ese momento recuperó el sentido común, y en su pecho un creciente torrente de pánico amenazó con ahogarla.

Pero ella no era una cobarde. Los dos últimos años los había llevado con dignidad y elegancia. Había soportado todo el desprecio, los comentarios crueles e incluso la deslealtad de Penélope Mainwaring, a quien había considerado su mejor amiga en el mundo entero. Pero ahora, la simple idea de ver de nuevo a Sebastián Conrad la asustaba hasta la médula.

Había estado enamorada de él. Podía admitirlo ante sí misma sin ningún tipo de resentimiento. Lo había amado y durante un corto período de tiempo

había creído que él también la amaba. Aunque jamás llegó a decírselo, ni tampoco le hizo ninguna promesa. Aun así, la había buscado en cada baile, se las había ingeniado para cruzarse con ella cuando paseaba o montaba a caballo e incluso, hasta en dos ocasiones, había aparecido de la nada en la librería Hatchards cuando necesitaba alcanzar un libro de un estante demasiado alto.

Después, tras aquella última noche en el jardín, se había esfumado. De un día para otro. Tuvo que volver a la India a luchar en la rebelión de 1857. Nunca le había respondido a las cartas que le envió. Y jamás le había escrito. Ni una simple nota dándole el pésame cuando su padre murió un año después. Dejó de tener noticias suyas, sin más. Durante un tiempo temió que hubiera muerto, pero su nombre no aparecía en la lista de los informes del periódico que leía con obsesión.

Al final, se hizo a la idea de que la había olvidado. Le había llevado mucho tiempo, pero era feliz de nuevo. Estaba satisfecha con su trabajo y contenta con su vida. Se había convertido en alguien fuerte, alguien a quien no podrían volver a hacer daño. O al menos eso esperaba. Jamás lo había puesto a prueba hasta ahora.

¿De verdad estaba tan herido? ¿Y sufriendo tanto? Odiaba imaginarlo. Y se odiaba a sí misma por querer ir con tanta desesperación a consolarlo y prestarle su apoyo.

Así que conservaba el ridículo mechón de pelo. ¿Qué significaba aquello? No quería decir que la amara. Ni que la echara de menos. Después de todo, casi no habían llegado a conocerse; habían sido solo unos pocos meses durante la temporada. Solo algunas conversaciones en susurros. Unas cuantas miradas prolongadas. Y unos pocos besos.

Se puso un sencillo vestido de viaje y se examinó en el espejito que había sobre el lavamanos mientras se abotonaba la capa alrededor del cuello. ¿Su aspecto era diferente? No habían transcurrido mucho más de tres años; no podía haber cambiado demasiado. El mismo pelo castaño grueso y brillante; los ojos grandes y azules; y las mejillas con hoyuelos. Y su silueta seguía siendo igual: curvilínea de manera sutil, con las piernas largas y la cintura fina.

Aun así, no era la misma. ¿Ser institutriz había ensombrecido su atractivo? No quería pensar en ello, aunque sin duda ahora existía una cierta melancolía en ella. Aquella tenue chispa que la había

hecho destacar entre el resto de las damas había desaparecido.

Bueno, puede que hubiera perdido su chispa, pero podría decirse que Sebastián Conrad casi había perdido la cabeza. No estaría en posición de juzgarla por su aspecto. Y si le decía una sola palabra de crítica por ser institutriz o hacía un simple comentario desagradable sobre su padre, le diría exactamente lo que pensaba sobre los hombres desleales que ponen en riesgo la reputación de las damas y luego desaparecen.